

La profesionalización y politización del Ejército mexicano durante el Porfiriato

Professionalization and Politicization of the Mexican Army during the Porfiriato

Miguel Ángel Torres Hernández
Universidad Nacional Autónoma de México
rmmasterrex@gmail.com

Resumen: En el presente artículo se propone una forma de analizar la profesionalización del Ejército mexicano y su relación con el papel político que éste desempeñó durante el Porfiriato; partiendo del debate entre las teorías de Samuel Huntington y Bengt Abrahamsson. El primero sostiene que la profesionalización conlleva a la despolitización de las fuerzas armadas, mientras que el segundo argumenta que la profesionalización dota de conciencia política a los militares. Apoyándome en la definición de “profesionalización” que proporciona José Luis Piñeyro (quien la divide en tres niveles: organizativo-educativo, material-logístico, e ideológico-político), este trabajo defiende la idea central de que, dependiendo del enfoque con que se mire, la tesis de Huntington se comprueba en el caso de las clases más altas del Ejército (generales); mientras que en las clases medias y bajas (todas los demás subordinados a los generales) opera la idea de Abrahamsson.

Para encontrar y analizar dichas diferencias, este artículo se basa tanto en numerosas fuentes secundarias como en fuentes primarias provenientes del Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional de México, principalmente memorias, escritos de la época y escalafones. Esto persigue el fin de examinar el desarrollo general del Ejército durante el Porfiriato en función del proyecto general de Díaz y las estrategias gubernamentales para “desactivar” al Ejército políticamente, las cuales incluían la carencia de profesionalización en el nivel ideológico-político y un mínimo desarrollo material, una mejoría en el nivel

educativo para la élite de la élite (lo que implicaba un adoctrinamiento ideológico) y una falta de desarrollo en el nivel organizativo y logístico. Finalmente, se hablará del alzamiento maderista, el cual representó la oportunidad para que estas diferencias se agudizaran y para que muchos militares, de los más diversos rangos, se politizaran ante la falta de profesionalización en los rangos medios y bajos, y ante una profesionalización efectiva en los altos mandos.

Palabras clave: Ejército mexicano; profesionalización; politización; educación militar; organización militar.

Abstract: In this article, a way to analyze the professionalization of the Mexican Army and its connection with the political role that it played during the Porfiriato, starting from the debate between Samuel Huntington's and Bengt Abrahamsson's theories, is proposed. The former argues that professionalization leads to the depoliticization of the Army, while the latter claims that professionalization provides the military with political awareness. Based on José Luis Piñeyro's definition of "professionalization" (who divides it into three levels: organizational-educational, material-logistic, and ideological-political), this work defends the pivotal idea that, depending on the approach, Huntington's thesis is seen in correlation to the highest ranks of the Army (generals); whereas in the middle and lower ranks (all generals' subordinates), Abrahamsson's thesis may apply.

In order to identify and analyze these differences, this article is based both on numerous secondary and primary sources from the Historical Archive of the Mexican Secretariat of National Defense, mainly memoirs, writings from that period and military rankings. The purpose of this is to examine the general state of the Mexican Army during the Porfiriato regarding Díaz' general project and government strategies to "deactivate" the Army politically, including the lack of professionalization in the ideological-political rank and a minimum logistic development, a higher educational level for the elite of the elite (which implied ideological indoctrination), and low organizational and logistics developmental levels. Finally, the Maderista Movement, which posed an opportunity for these differences to become more severe and for a further politicization across the military, in opposition to the low professionalization in the middle and lower ranks, or for an effective professionalization of the highest.

Keywords: Mexican Army; professionalization; politicization; military education; military organization.

Para citar este artículo: Miguel Ángel TORRES HERNÁNDEZ: “La profesionalización y politización del Ejército mexicano durante el Porfiriato”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 9, N° 19 (2020), pp. 186-207.

Recibido 25/10/2019

Aceptado 19/06/2020

La profesionalización y politización del Ejército mexicano durante el Porfiriato

Miguel Ángel Torres Hernández
Universidad Nacional Autónoma de México
rmmasterrcx@gmail.com

Introducción

El presente texto parte de la idea de que la profesionalización de los cuerpos de guerra mexicanos está íntimamente relacionada con la adquisición de conciencia y fuerza política que los miembros de estos cuerpos consiguieron hacia fines del Porfiriato. Dicha situación estuvo enmarcada en el proyecto general de Díaz y en el enfrentamiento político que hubo entre “científicos” (camarilla política leal a Díaz que representaba a los grupos de poder económico de la capital y a los intelectuales positivistas) y reyistas (grupo de poder, principalmente conformado por militares y jefes políticos con dominios territoriales en el norte del país, que se aglutinaban en torno a la figura de Bernardo Reyes) durante buena parte del régimen. Por motivos de espacio, omitiré el análisis de la distribución geográfica, tan importante para analizar el fenómeno revolucionario.

Considero que, primeramente, hay que definir qué significa “profesionalizar” a las fuerzas armadas, para después analizar la forma en que se concatena con la “politización” de sus miembros. En términos llanos, profesionalizar significa convertir el ejercicio de las armas en una profesión, para la cual era indispensable la creación de escuelas, la formación de docentes, la creación de planes de estudio, la institución de reglas internas de incorporación y ascenso, y la remuneración por la actividad realizada. En última instancia, esto debía llevar a la cohesión de una Oficialidad que se identificara como un grupo con intereses autónomos y particulares.¹

Según José Luis Piñeyro, la profesionalización tiene 3 niveles: 1) el organizativo-educativo: que implica la creación de nuevas escuelas y cursos castrenses (basados en métodos modernos de enseñanza técnica-humanística), y una reorganización de las unidades y de la institución en general; 2) el material-logístico: adquisición de equipo bélico y técnico moderno, así como la construcción de instalaciones físicas; y 3) el ideo-

¹ Riccardo FORTE: “Radicalismo y militares en Argentina. El Estado liberal progresista y el fracaso de la reconstrucción del consenso (1916-1930)”, en Riccardo FORTE y Guillermo GUAJARDO (coords.), *Consenso y coacción. Estado e instrumentos de control político y social en México y América Latina (siglos XIX y XX)*, México, El Colegio de México-El Colegio Mexiquense, 2000, p. 45.

lógico-político: tendiente a sustituir las lealtades personales por otras de carácter institucional y permanente.²

Suponiendo que en México, durante el Porfiriato, hubo una profesionalización parcial y limitada en el Ejército ¿esas condiciones ayudan a explicar su actuar político durante el periodo? Entre los individuos pertenecientes a las “clases altas” (es decir, desde subteniente hasta general de división) del Ejército, dicha profesionalización limitada desembocó en una apolitización de estos elementos castrenses. Por otro lado, se había cumplido el objetivo porfirista de tener a las “clases bajas”³ del Ejército en condiciones precarias y sin profesionalizar para evitar que tuvieran alguna fuerza política.

Por tanto, el comportamiento de los miembros del Ejército se explica a través de las diferentes formas (incluso contrarias) en que “profesionalización” y “politización” se relacionaron entre sí. En este sentido, el presente artículo retoma un debate sostenido entre Samuel Huntington y Bengt Abrahamsson, pues cada uno defiende la idea contraria al respecto. Comenzando por Huntington, en su obra *The Soldier and the State*⁴ propone que la profesionalización de los ejércitos debería tender a una actitud apolítica de las fuerzas armadas. Si bien su objeto de estudio es Estados Unidos, se ha tomado para analizar, probablemente de manera inadecuada, la realidad latinoamericana durante el siglo XX.⁵

En contraste, Bengt Abrahamsson, en el libro *Military Professionalization and Political Power*,⁶ se inclina por la idea contraria: la profesionalización de las fuerzas armadas dota a éstas de un mayor poder político. Frederick Nunn asevera que solo en casos como el estadounidense es factible considerar que la profesionalización de las fuerzas armadas conllevó a su despolitización, pero que en Latinoamérica la profesionalización produjo una participación cada vez más activa de los militares en la política. Para Nunn, esto se debe, en menor medida, a factores endémicos como problemas fiscales y económicos, pugnas políticas, conflictos sociales, por la tradición “caudillista” heredada de la colonia o porque su modelo educativo militar provenía de Alemania

² José Luis PIÑEYRO: *Ejército y sociedad en México. Pasado y presente*, México, Universidad Autónoma de Puebla, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, 1985, p. 14.

³ Me parece pertinente dividir al Ejército en dos clases (alta y baja) por dos razones: primero, la propia sociedad mexicana de la época contaba con una clase media muy poco numerosa como para considerarla un actor político importante; y segundo, porque para ir escalando puestos en la Oficialidad se debía ingresar al Colegio Militar, cuyos requisitos de ingreso (como saber leer, escribir y francés) ocasionaban que solo las clases altas pudieran ingresar.

⁴ Samuel HUNTINGTON: *El Soldado y el Estado. Teoría y política de las relaciones cívico-militares*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1995.

⁵ Un ejemplo del uso de la teoría de Huntington en el contexto latinoamericano es: Rut DIAMINT (ed.): *Control civil y Fuerzas Armadas en las nuevas democracias latinoamericanas*, Buenos Aires, Universidad Torcuato di Tella, Nuevohacer, Grupo Editor Latinoamericano, 1999. En este caso, la teoría de Huntington se refuta.

⁶ Bengt ABRAHAMSSON: *Military Professionalization and Political Power*, California, Sage Publications, 1972.

o Francia, países donde las fuerzas armadas tenían un papel político fundamental.⁷ Cabe destacar que México también se nutrió mayoritariamente de la escuela militar alemana y francesa,⁸ pero no produjo militares profesionales con intereses políticos, sino militares que actuaban políticamente bajo nociones personalistas, lo que podría refutar la idea de Nunn.

Con lo anterior, podría afirmarse que entre las clases altas del Ejército (principalmente Jefes y Generales), opera la tesis de Huntington; mientras que entre las clases bajas (tropa) se confirma la idea de Abrahamsson. Es decir, puede conjeturarse que la pertinencia de una u otra teoría dependería no solo del país, sino también del cuerpo castrense que se analice y de las subdivisiones de cada uno.

Cuestiones generales del Ejército porfiriano

Es importante comenzar mencionando que «México ha sido básicamente un país no militarista, [...] [pues] el ejército no asumió el papel de actor o represor central. Por el contrario, el ejército federal sólo intervino en condiciones excepcionales».⁹ Todo esto a pesar de que durante casi todo el siglo XIX y la primera mitad del XX hayan dominado los presidentes con oficio militar.

Desde la promulgación de la Constitución de 1824 se le asignó al Ejército la tarea de defender y garantizar la soberanía de la federación (a través del Ejército permanente) y de los estados (a través de la Guardia Nacional). Según Alicia Hernández, a lo largo del siglo XIX, «las fuerzas armadas se debaten entre el carácter popular republicano y el carácter conservador de un ejército profesional».¹⁰ Dicho dilema implicaba para los militares un transitar entre considerarse representantes de la población (lo que les daría el carácter liberal) o representantes del Estado (dándoles su aspecto conservador). Una forma de observar esto es mediante una búsqueda en la base de datos del proyecto *The Pronunciamento in Independent Mexico 1821-1876*. Según éste, antes de la llegada de Díaz al poder, hubo 42 pronunciamientos militares en contra del gobierno constituido, y 65 a favor. De los primeros, 21 fueron hechos bajo preceptos federalistas y anticlericales, mientras que 27 de los segundos persiguieron ideales cen-

⁷ Frederick NUNN: “An overview of the European Military missions in Latin America”, en Brian LOVEMAN y Thomas DAVIS (eds.), *The politics of antipolitics. The military in Latin America*, Nebraska, University of Nebraska Press, 1978, pp. 38-40.

⁸ Agustín RIVAS: “La Ordenanza General del Ejército y los ciudadanos armados de 1910”, en Clever Alfonso CHÁVEZ MARÍN (coord.), *Estudios militares mexicanos*, Volumen VI, Guadalajara, Asociación internacional de Historia Militar A. C., 2013, p. 450; Daniel GUTIÉRREZ: *Historia militar de México, 1876-1914*, México, Ediciones Ateneo S.A, 1955, p. 22.

⁹ Alicia HERNÁNDEZ: “Origen y ocaso del Ejército porfiriano”, *Historia Mexicana*, XXXIX:1, (1989), p. 257.

¹⁰ Alicia HERNÁNDEZ: *Las fuerzas armadas mexicanas. Su función en el montaje de la República*, México, El Colegio de México, 2012, p. 22.

tralistas y pro clericales.¹¹ El balance, como se ve, está ligeramente inclinado hacia el ala conservadora, por lo cual adquiere sentido que en 1860, en el contexto de la Guerra de Reforma, el comandante en jefe del Ejército (nombrado por los liberales), Jesús González, decretara la disolución del Ejército.¹² Así surgió un nuevo Ejército federal, cuya base fue la Guardia Nacional, compuesta por civiles armados, militares “de oficio” para quienes el poder civil y el militar eran uno solo. Fue aquí donde Porfirio Díaz encontró sus bases de apoyo.

Díaz fue uno de los últimos militares en fraguar un golpe de Estado exitoso. Y por eso sabía que debía evitar ese predominio de lo militar sobre lo civil. ¿Por qué la estrategia de Díaz para quitarle poder político al Ejército fue profesionalizar a unos cuantos de sus miembros? Me parece que la explicación de Leticia Rivera es contundente: «era necesario contar con efectivos preparados para proteger puertos, aduanas, zonas agrícolas, petroleras y mineras, entre otras. [Es decir] requería de una fuerza militar pequeña»,¹³ para conservar el orden interno y externo. El grueso de actividades de seguridad se encomendó a otras instituciones como los rurales, los jefes políticos o la Marina. Por tanto, no era peligroso dotar de poder y profesionalización a ciertos individuos, sino delegarles tareas que atañeran a la seguridad interior o al dominio territorial o poblacional; por eso para el gobierno porfirista no era conveniente darle al Ejército competencias de policía.

Pues bien, como parte de esa idea y de su política conciliadora y negociadora, una de las primeras preocupaciones de Díaz al asumir la presidencia fue limitar el poder de los caciques regionales que en ocasiones tenían su ejército personal o contaban con el dinero suficiente para armar uno. Como lo dictaba la historia reciente del país, Díaz sabía que su principal enemigo podría venir de las fuerzas castrenses terrestres, por lo cual les dio cargos a varios miembros de la Oficialidad dentro de la administración pública, además de valerse de «la represión, la coerción, la intimidación [...] [pero, más importante] la mediación, la manipulación y la conciliación»,¹⁴ todo esto sin importar si eran afectos a sus rivales liberales (Lerdo e Iglesias). Así se atraía a los principales generales y a los más peligrosos.

Esta formación de camarillas fue muy importante para el sostenimiento de Díaz. El sistema porfiriano se alimentó del patronazgo y clientelismo, que constituía

¹¹ Datos extraídos de Will FOWLER et. al.: “The Pronunciamento in Independent Mexico 1821-1876”, <https://arts.st-andrews.ac.uk/pronunciamentos/grievances.php> (consultado por última vez el 08-02-2019).

¹² Paul GARNER: *Porfirio Díaz. Del héroe al dictador. Una biografía política*, México, Planeta, 2010, p. 67.

¹³ Leticia RIVERA: “Marinos en la Revolución. La Constitución de 1917 y la nacionalización de la Marina”, en *Memoria y prospectiva de la Secretaría de Marina-Armada de México. A cien años de vigencia de la Constitución de 1917*, México, Secretaría de Marina-Armada de México-Secretaría de Cultura-INEHRM, 2017, p. 84.

¹⁴ Paul GARNER: op. cit., p. 115.

lazos de lealtad personal y deferencia ante la autoridad suprema del presidente.¹⁵ Conforme fueron avanzando los periodos presidenciales de Díaz, y principalmente a partir de 1888, su política se fue haciendo cada vez más personalista, por lo que de entrada se puede afirmar que no ocurrió una profesionalización del Ejército en el nivel político-ideológico, a pesar de que se teorizara mucho sobre ello.¹⁶

El plan general de Díaz se basaba en la modernización del país a través de inversiones y capital extranjero, manteniendo un Ejército pequeño, profesionalizado solo en ciertos sectores que no implicara aumentar su nivel de fuego. Esta idea había sido promovida por los “científicos”, quienes creían que, a través del progreso material y económico, el país entero progresaría. En ese sentido, sus enemigos naturales eran los militares como Bernardo Reyes, quienes buscaban el desarrollo y el mejoramiento del Ejército como una forma de que éste siguiera siendo un actor que resolviera las discrepancias en el terreno político.

En 1898 llegó Felipe Berriozábal al frente de la Secretaría de Guerra y Marina, y propuso una serie de reformas no tan radicales, como el intento de implantar el servicio militar obligatorio,¹⁷ además de instituir las escuelas de tropa. Estas medidas eran un intento por paliar las dificultades que el Ejército venía enfrentando desde sus inicios, tales como los altos índices de desertión o las dificultades para reclutar nuevos miembros. En palabras de Berriozábal, el Ejército era una institución incapaz de formar bases sólidas de soldados que representaran el grueso de elementos castrenses:

El mayor de los inconvenientes para el arreglo del ejército es nuestro sistema actual de reclutamiento, pues por desgracia ni todos los contingentes que proporcionan los estados de la Federación proceden de sorteo, como la Ley lo previene, ni los hombres de que se componen llenan en su mayoría las condiciones que deben tener los soldados del ejército.¹⁸

¹⁵ *Ibíd.*, p. 116.

¹⁶ Agustín Rivas argumenta que ingresar al Ejército formaría un “hombre nuevo”, que abandonase su libertad, su componente civil, su extracto social, su influencia cultural, y su pertenencia a determinada comunidad, para entregarse de lleno a la disciplina, a la subordinación, a la docilidad y la obediencia. Es decir, teóricamente el individuo debía despersonalizarse, lo que automáticamente lo haría un ser apolítico. Agustín RIVAS: *op. cit.*, pp. 478-481. En la práctica, esto no se verificó.

¹⁷ Mario RAMÍREZ: “Ejército federal, jefes políticos, amparos, desertiones: 1872-1914”, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, 47, (enero-junio 2014), pp. 41-78. Para esto fue necesario reformar el artículo 31 constitucional, que afirmaba que era obligación de todo mexicano prestar su servicio en el Ejército. “Apéndice: Disposiciones relativas al servicio militar obligatorio”, en *Código de Justicia Militar de los Estados Unidos Mexicanos*, México, Herrera Hermanos Editores, 1903, tomo II, pp. 273-274.

¹⁸ *Memoria que el secretario de Estado y del Despacho de Guerra y Marina, general de división Felipe B. Berriozábal, presenta al Congreso de la Unión y comprende del 19 de marzo de 1896 al 30 de junio de 1899*, México, Tipografía de El Partido Liberal, 1899, p. 28. De hecho, lo que principalmente provocó ese sistema, era que las clases bajas del Ejército fueran escogidas, debido a que existía la capacidad de que alguien elegido fuera sustituido por otro individuo, al cual se le pagaba para que lo hiciera. John JOHNSON: *Militares y sociedad en América Latina*, Buenos Aires, Solar/Hachette, 1966, p. 82.

No obstante, estas tentativas de reforma parecían no contribuir a la resolución de los problemas del Ejército. Es entonces cuando, con motivo de la muerte de Berriozábal, Díaz elige a Bernardo Reyes como nuevo secretario de Guerra y Marina. Desde su llegada, en 1900, Reyes intentó una reforma más profunda de la institución militar. Dicho personaje, además de ser incondicional de Díaz, era ya un viejo conocido en la alta política porfiriana, pues había estado activo en el Ejército desde la década de 1870 y en la política desde 1885, cuando se le nombró jefe de operaciones militares (posteriormente gobernador) de Nuevo León.¹⁹ Dichas experiencias, entre otras, lo habían llevado a liderar una camarilla que lo entronizaba como el sucesor de don Porfirio en la Presidencia, debido a su capacidad militar y política. Por otro lado, el líder de los “científicos”, José Yves Limantour, era a la sazón el Secretario de Hacienda, lo que generó una pugna entre ambos grupos por ganarse el favor del Presidente, tanto en la política del momento como en la cuestión sucesoria, lo que se reflejó en la gestión de Reyes como secretario de Guerra y Marina.

Luis Sánchez hace hincapié en la preocupación de Reyes por el escaso espíritu de cuerpo, la deserción y la mala organización, la leva (la cual se aplicaba principalmente a las clases bajas, a los delincuentes y a los vagos), y la insuficiente educación que había caracterizado a la institución militar.²⁰ Para mejorar esta situación, una de las primeras acciones de Reyes fue mejorar y expandir el número de escuelas de tropa, pues para él la educación era una de las mejores formas de imbuir en los soldados los sentimientos patrióticos necesarios para desempeñar sus funciones. Asimismo, promovió mejorar los sueldos y prometió ascensos a quienes tuvieran un buen servicio, lo cual debería tender a aumentar los efectivos de tropa y disminuir la deserción.²¹ En este caso, se buscaba cumplir el nivel organizativo-educacional.

Este objetivo de disminuir la deserción debía ser uno de los principales propósitos de cualquier reforma, pues según Ramírez Rancaño: «sobre la base de un ejército de 30 000 efectivos en 1886, 1901–1902 y 1909, fueron requeridos más de 10 000. Quiere decir, alrededor de la tercera parte».²² No obstante, esta alarmante cifra no era la regla, pues para los periodos 1897–1898 y 1898–1899, solo fueron requeridos entre la

¹⁹ Miguel SOTO, “Precisiones sobre el reyismo. La oportunidad de Porfirio Díaz para dejar el poder”, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, 7, (1979), pp. 105-107.

²⁰ Luis SÁNCHEZ: “Bernardo Reyes y el intento de modernización del ejército mexicano, 1900-1902”, en Luis Ernesto CAMARILLO RAMÍREZ (coord.), *Interpretaciones de la historia en el año conmemorativo de los centenarios*, Guanajuato, Gobierno del Estado de Guanajuato-Consejo de Ciencia y Tecnología de Guanajuato-Comisión del Estado de Guanajuato para la Conmemoración de la Independencia Nacional y de la Revolución Mexicana-Departamento de Estudios de Cultura y Sociedad-Colegio de Historiadores de Guanajuato, 2010, p. 266.

²¹ *Ibidem*.

²² Mario RAMÍREZ: “Ejército Federal, jefes políticos...”.

quinta y la sexta parte del Ejército.²³ Estas grandes cantidades de vacantes cada año implicaban el agudizamiento del problema de reclutamiento y el incremento de la leva, por lo que constantemente se renovaban los rangos bajos del Ejército sin que éstos pudieran echar raíz en la milicia o llegar a sentirse parte de una institución. En ese sentido, se esbozó la idea de una Escuela de Aspirantes como uno de los últimos intentos por paliar estas deficiencias.²⁴

Sin embargo, el principal proyecto de Reyes como Secretario de Guerra y Marina fue la creación de la Segunda Reserva, con el propósito de establecer un cuerpo de voluntarios que perteneciera a la naciente clase media mexicana, cuyos miembros al ser aceptados recibirían el grado de subteniente²⁵ y se enrolarían en la Infantería, Caballería, ingenieros tácticos (zapadores) o en los Servicios Especiales.²⁶ Se reunirían sólo los domingos a recibir instrucción militar, solo serían llamados al servicio activo en caso de guerra extranjera y tendrían ciertas prerrogativas, tales como vestir uniforme y no aparecer en las listas de reclutas que tendrían que ser enviados a servir en el Ejército.²⁷

Inicialmente, este proyecto fue aceptado, pues se consideró a la Segunda Reserva como una válvula de escape a esos reclamos de la naciente clase media por participar de la vida pública del país, por lo cual la entrada de ésta a la Segunda Reserva podría conducir a su desactivación política. No obstante, dicha desactivación también se promovería a otro nivel, pues con la atribución de actuar en caso de invasión extranjera le estaría restando poder al Ejército permanente, lo que a la postre lo podría convertir en un competidor que tuviera la capacidad de disputarle el poder político o militar. Precisamente este hecho provocó recelo entre los “científicos”, pues consideraron que la Segunda Reserva podía convertirse en un ejército personal para Reyes, quien podría valerse de éste para justificar tomar el poder.²⁸ Así, se podía entender que la Segunda Reserva tenía un objetivo implícito que implicaba la defensa de las institu-

²³ *Ibidem*.

²⁴ *Memoria de la secretaría de Estado y del Despacho de Guerra y Marina presentada al Congreso de la Unión por el secretario del ramo, general de división Manuel González Cosío, comprende del 1 de enero de 1903 a 30 de junio de 1906 (anexos)*, México, Talleres del Departamento de Estado Mayor, 1906, p. 14; Secretaría de Guerra y Marina, “Decreto núm. 307”, 29 de enero de 1903, en *Ibidem*, pp. 131-132.

²⁵ Marco SÁNCHEZ: *Una iniciativa reyista en la historia mexicana. La Segunda Reserva del Ejército Nacional; su historia, alcance y consecuencias, 1901-1914*, Tesis de Maestría en Historia inédita, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2016, p. 49.

²⁶ *Ibidem*, p. 34.

²⁷ Luis SÁNCHEZ: “Bernardo Reyes y el intento...”, p. 267.

²⁸ Esta opinión incluso se menciona en “Política alarmista”, *Periódico Oficial del Estado de Guerrero*, 7 de noviembre de 1902, p. 4: «[El Rey que Rabió, periódico de afiliación “científica” supone que éste [Reyes] mantiene mal encubiertas, anhelosas ambiciones por la Presidencia de la República, acusándolo que trabaja en favor de sus personales aspiraciones, abusando así del puesto de confianza que ocupa en el Gabinetex. Asimismo, cfr. Luis SÁNCHEZ: “Bernardo Reyes y el intento...”, p. 270; Marco SÁNCHEZ: op. cit., pp. 12-14.

ciones nacionales contra cualquier amenaza interna, tiranía o militarismo.²⁹ Siguiendo ese pensamiento, Limantour le negó los recursos necesarios a Reyes y promovió una guerra sucia en su contra, lo que fue un factor determinante para la renuncia de éste último como Secretario de Guerra y Marina.

Educación de los militares durante el Porfiriato

La educación es uno de los pilares fundamentales si se pretende hablar de la profesionalización de los elementos castrenses.³⁰ Si por un lado, en sus primeros periodos presidenciales Díaz no necesitaría más apoyo militar que de los individuos que conoció en el campo de batalla, así como sus lealtades políticas con lerdistas e iglesistas; conforme avanzaban los años, por otro lado, era necesario buscar nuevos reclutas. En cuanto a los elementos castrenses, buena parte de las nuevas lealtades se fraguaron, además de los favores personales, en el terreno de la educación. Los antiguos militares de oficio de la generación de Porfirio Díaz iban siendo sustituidos por militares egresados del Colegio Militar. Aquí, es importante analizar a quiénes y cómo estaba reservado estudiar en este Colegio, y quiénes eran y cómo se constituía la gran masa de soldados sin poder político.

Sánchez Lamego considera que esas nuevas generaciones profesionales solo servirían para engrosar los cuerpos técnicos, no los tácticos,³¹ siendo los técnicos quienes ocupaban más puestos públicos. Estos nuevos militares, de acuerdo con Ai Camp, nunca representaron una élite política entera, sino una cohorte de edad que fungió como puente entre el Porfiriato y la dirigencia revolucionaria del siglo XX.³² Además, siguiendo a Lieuwen, los militares de oficio siguieron dominando sobre los militares de carrera a fines del Porfiriato,³³ aunque pocos de ellos tuvieron puestos clave en el gabinete porfirista, teniendo su principal dominio en los poderes locales y regionales.

No obstante lo anterior, el número de egresados del Colegio Militar sí fue aumentando paulatinamente, pero con un importante matiz: solo las clases acomodadas podían cumplir los requisitos de ingreso (saber leer y escribir, tener conocimientos de aritmética, álgebra, español, y primer año de francés, estar vacunados y tener buena aptitud física);³⁴ mientras que los estratos más bajos, la mayoría de jóvenes de la épo-

²⁹ Ibidem, p. 16.

³⁰ Vid. José Luis PIÑEYRO: op. cit, p. 14.

³¹ Miguel Ángel SÁNCHEZ: *Historia militar de la Revolución Mexicana en la época maderista*, México, INEHRM, 1976, tomo I, p. 39.

³² Roderic AI CAMP: *Reclutamiento político en México, 1884-1991*, México, Siglo XXI editores, 1996, p. 88.

³³ Edwin LIEUWEN: *Mexican militarism: the political rise and fall of the revolutionary army*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1968, p. 4.

³⁴ Juan José SALDAÑA, Amanda CRUZ y Anabel VELASCO: "Ciencia, tecnología y política en el Ejército Mexicano durante el Porfiriato: el dibujo científico y la producción de armamento", en Juan José SALDAÑA (coord.), *Conocimiento y acción. Relaciones históricas de la ciencia, la tecnología y la sociedad en México*,

ca, estaban “condenados” a solo poder ingresar en los cuerpos de tropa. Esto no implica subestimar el papel de los militares formados en el Colegio Militar durante la dictadura porfirista, pues la profesionalización de este sector era un elemento importante de la estrategia política de Díaz y formaba parte de un plan integral de incentivación de la ciencia.³⁵ Es decir, la profesionalización de los oficiales castrenses pasaba principalmente por los estudios académicos con un fuerte componente de la ciencia positivista y de la técnica, las cuales debían servir a los objetivos de traer orden, paz y progreso.

Estos militares formados en el Colegio Militar tuvieron una importancia real para el país, pero en terrenos ajenos a la disciplina castrense como el ejercicio de la diplomacia o el desarrollo de la ciencia y la tecnología. Estas atribuciones no militares dan a entender que el militar que se dedicaba a estas cuestiones no tenía prácticamente experiencia en el campo de batalla. De este modo, la descripción anterior solo correspondería a la élite de la élite que había gozado de una educación científica y se había preparado más como profesional del conocimiento militar que como militar profesional. Lo único militar que podría haber en estas comisiones, sería el hecho de que México debía seguir todos los adelantos del movimiento científico–militar europeo, «con el objeto de que, en el caso de una guerra internacional, la ignorancia no constituyera la causa de la ruina del país».³⁶

Si en este punto, además, se retoma la idea de Jorge Bartolucci de que las comunidades que se organizan bajo el conocimiento científico gozan de relativamente mayor autonomía que otros grupos sociales, debido a que están expuestas a estructuras sociales muy diversas de modo que ninguna le condiciona más que otra;³⁷ puede afirmarse entonces que la élite militar con una formación científica fue la más propensa a ser leal al gobierno, a ser más “profesional” (en el sentido en que lo usa Piñeyro), pero con el matiz de su prácticamente nula experiencia realmente militar; mientras que el resto, al carecer de este tipo de formación, pudo actuar menos como grupo y más de manera individual.

En este punto está una de las claves para dilucidar el sentido en que debe entenderse la palabra “profesionalización” y la desactivación del Ejército, en lo que Pi-

México, Plaza y Valdés Editores-FFyL, UNAM, 2011, p. 63. En 1903 hubo una reforma al reglamento de ingreso en el que se añadió el aprendizaje de un tercer idioma: el alemán. *Memoria de la secretaría...*, p. 7.

³⁵ Juan José SALDAÑA: *Las revoluciones políticas y la ciencia en México*, tomo II: “Ciencia y política en México de la Reforma a la Revolución Mexicana”, México, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, 2010, pp. 70-71.

³⁶ Bernardo REYES: *Conversaciones militares escritas para las academias del 6° regimiento de caballería permanente, por el jefe del mismo, coronel C. Bernardo Reyes*, Monterrey, Imprenta del Gobierno en Palacio, a cargo de Viviano Flores, 1886 [3ª ed., corregida por el autor], pp. 22–23, <http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1080047155/1080047155.PDF> el 14/02/19 (consultado por última vez el 08-02-2019).

³⁷ Jorge BARTOLUCCI: “La ciencia como problema sociológico”, *Revista Sociológica*, 32:92, (septiembre-diciembre 2017), p. 18.

ñeyro llama el nivel “político-ideológico” de la profesionalización y que ocurrió solo en la “élite de la élite”. Así se entiende la idea de Saldaña de que el Porfiriato fue reflejo de lo ocurrido a través de toda la historia moderna de Occidente: una militarización de la ciencia y la tecnología; el desarrollo científico yendo de la mano con el desarrollo militar, a través de la tecnología.³⁸

Así se explica por qué se llevaron al ámbito militar diversas áreas científicas como Geografía, Estadística, Meteorología, Historia Natural, Farmacología, Geología, Ingeniería en varias de sus ramas, etc. Los institutos militares que surgieron para dedicarse a estas ramas de la ciencia (como la Comisión Geográfico Exploradora, el Museo de Tacubaya, etc.), tendieron a tener más apoyo económico por parte del gobierno que las asociaciones civiles que también se dedicaban a la ciencia,³⁹ pues las instituciones científico-militares ayudaban de mejor manera al gobierno porfirista a incluir a la ciencia como parte de los principales objetivos políticos del régimen, de una manera mucho más centralizada. Así, era mejor delegar la tarea de formar una cartografía sistemática del país a una institución militar que a una asociación civil de geógrafos, pues los resultados obtenidos tenían que responder a la necesidad práctica de conocer las características territoriales para operaciones militares o para recaudar de impuestos.

En esa época, y según también algunas fuentes secundarias, el juicio hacia la educación impartida en el Colegio Militar era el siguiente: era muy buena la formación teórica y muy deficiente la práctica, al punto que el Colegio adquirió prestigio y fama entre amplios estratos sociales, pero la mayoría solo buscaba aprovecharse de sus beneficios educativos para posteriormente desempeñarse en trabajos de carácter civil. Esta opinión es compartida por individuos como Francisco Bulnes, Juan Manuel Torrea, Mario Ramírez Rancaño o por la Memoria de la Secretaría de Guerra y Marina de 1906.⁴⁰

En el otro extremo, las clases más bajas del Ejército tuvieron oportunidad de procurarse cierta educación con la instauración de las escuelas de tropa, establecidas por Berriozábal en 1898. Este tipo de establecimientos, así como todas las escuelas de educación básica, no solo debían preparar a la tropa para ser un militar efectivo, sino que debía “civilizarlos” para que se integraran plenamente en la sociedad. Hay que tomar en cuenta que en estos términos también se entendía a la población indígena, por lo cual el plan era que de la masa numerosa de indígenas salieran muchos reclutas

³⁸ Juan José SALDAÑA, Amanda CRUZ y Anabel VELASCO: op. cit., p. 54.

³⁹ Ibidem, pp. 57-58.

⁴⁰ Francisco BULNES: *El verdadero Díaz y la Revolución*, (1920), México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2008, p. 300. Juan Manuel TORREA: *La vida de una institución gloriosa. El Colegio Militar, 1821-1930*, México, Talleres Tipográficos “Centenario”, 1931, pp. 106-107. *Memoria de la secretaria...*, p. 12.

para el Ejército federal, usando esta institución para educarlos y lograr su “entrada a la civilización”.⁴¹

Los cursos en estas escuelas se desarrollaban durante tres años, en los cuales los alumnos cursaban materias como: Lecciones de Cosas, Escritura, Lectura, Aritmética, Geometría, Geografía e Historia Patria. Además, se le otorgaba una gratificación económica a quien obtuviera los mejores resultados en sus exámenes,⁴² con lo que se intentaba promover la asistencia a estas escuelas por parte de las clases más bajas que conformaban al Ejército. No obstante el relativo éxito que tuvo esta iniciativa (de los 25 000 individuos de tropa que dice la Memoria de la Secretaría del ramo que existían en 1906, 16 518 asistían a estos planteles,⁴³ es decir, el 62.07% de toda la tropa), ésta tuvo menos resultados que los del Colegio Militar, en buena medida porque «las obligaciones en el cuartel impidieron la asistencia regular de la tropa a formarse en las aulas expresamente levantadas para ese objeto».⁴⁴ Es decir, de muy poco sirvieron estas escuelas de tropa para lograr su profesionalización en cualquiera de los tres niveles.

Distribución y organización del Ejército

Otro factor para discernir en qué medida se profesionalizó el Ejército mexicano es atendiendo a la parte organizativa de los niveles que Piñeyro propone. Al iniciar Díaz su primer periodo en la presidencia, el monto de los recursos anuales asignados al Ejército ascendía a casi el 36% del presupuesto total, mientras que para 1910 éste oscilaba en torno al 20%.⁴⁵ Esta reducción de presupuesto también conllevó una disminución de efectivos, y aunque las fuentes dan diversas cifras, todas coinciden en la disminución de elementos: Mario Ramírez Rancaño propone que había 37 000 para 1876, casi 29 000 efectivos en 1906 y un repunte en 1910 con más de 36 000,⁴⁶ mientras que Alicia Hernández considera que esta reducción osciló en torno al 25%.⁴⁷ Tomando en cuenta

⁴¹ Luis SÁNCHEZ: “La educación en el Ejército porfiriano, 1900-1910”, *Tzintzun*, 54 (julio-diciembre 2011), pp. 93-127. La Memoria de la Secretaría de Guerra y Marina de 1906 expresa la misma idea: «en la vida del cuartel adquieren ciertas exigencias en su modo de ser [...], resultan hombres útiles [...], convirtiéndose en seres trabajadores y animosos que comprenden las ventajas de la civilización». *Memoria de la secretaría...*, pp. 21-22.

⁴² *Memoria de la secretaría...*, pp. 21-24, 170-173.

⁴³ *Ibidem*, p. 23.

⁴⁴ Luis SÁNCHEZ: “La educación...”. En contraste, Luis Garfias asegura que entre la tropa era necesario saber leer y escribir para obtener los grados de cabo y sargento; y tomando en cuenta que esto significaba formar parte de una minoría privilegiada, se podría considerar, bajo esta idea, que hasta los más bajos rangos del Ejército (excepto los soldados) estaban mucho más educados que la mayoría de la sociedad. Luis GARFIAS: *Historia militar de la Revolución Mexicana*, México, INEHRM, 2005, p. 12.

⁴⁵ Moisés GONZÁLEZ: *Estadísticas sociales del Porfiriato*, México, Dirección General de Estadística, 1956, p. 37-38.

⁴⁶ Mario RAMÍREZ: *La reacción mexicana y su exilio durante la Revolución de 1910*, México, Instituto de Investigaciones Sociales-Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 2002, p. 89.

⁴⁷ Alicia HERNÁNDEZ: “Origen y ocaso...”, p. 285.

que la Secretaría de Hacienda estuvo liderada por Limantour desde 1893 hasta 1911, es factible suponer que estas disminuciones de presupuesto militar también obedecieran a factores políticos, en el contexto de la pugna entre “científicos” y reyistas.

Alicia Hernández pone sobre la mesa un punto muy importante: los miembros de la milicia auxiliar duplicaban a los permanentes (la proporción es: 37% del Ejército era permanente y el 63% auxiliar). Tanto en oficiales como en jefes esta proporción se cumple casi de igual manera: el 35.13% de oficiales era permanente y el 64.86% auxiliar, 36.26% de jefes era permanente y 63.73% auxiliar; pero en el caso de los generales, ésta se invierte: 88.7% de generales de brigada y brigadieres son permanentes y solo 11.29% auxiliares, y todos los generales de división son permanentes.⁴⁸ La razón de este cambio de distribución es clara: solo quienes habían servido directamente a la Nación a través del Ejército podían alcanzar los grados más altos, mientras que los auxiliares, al servir a alguna fuerza política regional o a un individuo particular, no podían aspirar a los rangos superiores, y en ocasiones, ni siquiera aspirar a pasar al Ejército permanente.

Una de las razones para explicar por qué las fuentes secundarias proporcionan números tan disímolos tiene que ver con la existencia de expedientes “fantasma”, es decir, que sólo constaban en el papel, pero la persona no existía o había desertado. A esto se sumaba el hecho de que la mayoría de militares, para la época de la revolución maderista, ya estaban envejecidos y podían aparecer en la nómina del Ejército sin estar en funciones. Asimismo, los números pueden alterarse debido a que muchas veces los documentos primarios no especifican si se hacía referencia a todos los efectivos (incluyendo la Guardia Nacional o fuerzas irregulares y estatales).⁴⁹ Por tanto, incluso en el terreno administrativo (hasta en los escalafones había severas inconsistencias) existía desorden en el Ejército.⁵⁰

⁴⁸ *Ibíd.*, p. 263.

⁴⁹ Alicia Hernández asegura que todos estos cuerpos en conjunto pudieron haber alcanzado la cifra de 70,000 elementos. *Ibíd.*, p. 262.

⁵⁰ Para muestra, dos ejemplos: en el escalafón de 1906 hay una discrepancia con respecto a las patentes de algunos oficiales de Artillería y Caballería: A. R. Flores, Relación de los oficiales de Artillería que se desconoce la fecha de sus patentes, Relación de los Oficiales de Infantería de quienes se desconoce la milicia a la que pertenecen y la fecha de sus respectivas patentes, y Relación de los Oficiales de Caballería de quienes se desconoce la milicia a la que pertenecen y la fecha de sus respectivas patentes, México, 8 de agosto de 1906, Archivo Histórico de la SEDENA (en adelante AHSDN), *Operaciones militares*, XI/481.3/14695, ff. 4-6. Por otro lado, en 1909, en una minuta del general Enrique Torroella, hecha con motivo de la publicación del Escalafón del Ejército, comenta que entre los individuos que tienen el status de “Retirado” hay algunos que ya fallecieron, pero que en sus expedientes no aparece constancia de esas defunciones. Minuta del general Enrique Torroella a la Secretaría de Guerra y Marina, México, 4 de septiembre de 1909, AHSDN, *Operaciones militares*, expid. 22775, exp. 16894, f. 71, http://www.archivohistorico2010.sedena.gob.mx/mostrarmimagen?indiceImagen=43&expid=22775&expno=16894&lblEstadoDiv=lblEstadoDiv&submit_adelante=Siguiente&txtIr= (consultado por última vez el 08-02-2019)

Varios autores coinciden⁵¹ en que, en los últimos 10 años del Porfiriato, hubo un cambio en las maneras de hacer política del gobierno de Díaz por diversos factores, entre los que cabe destacar el recrudescimiento del enfrentamiento entre reyistas y “científicos”, principalmente porque cada vez se veía más cerca el problema de la sucesión presidencial. La política de Díaz se volvió más represiva, alterando el número de elementos militares. Alicia Hernández muestra números precisos acerca del total de individuos en cada grado. Según ella, en 1910 había 99 generales, 510 jefes, 1756 oficiales y unos 23065 de tropa,⁵² es decir, el 90.69% serían tropa, 6.90% oficiales, 2% jefes y 0.38% generales. Se puede notar que la diferencia entre la tropa y el resto es abismal, y tomando en cuenta que los militares con mando deben tener por lo menos el grado de subteniente, se cae en la cuenta de que había demasiada tropa para unos pocos comandantes. Si bien, coincido con Ramírez Rancaño en señalar que no existe un parámetro universal de cuál sería la mejor distribución entre tropas y oficiales,⁵³ sí considero que esta repartición es desproporcionada.

Según Agustín Rivas, esta distribución estaba condenada a fracasar debido a que respondía más a cuestiones políticas y económicas que militares. Las razones económicas consistían en mantener un contingente de oficiales reducido, aunque dotados con los mejores instrumentos bélicos de la época; mientras que las de tinte político tendían a reducir el poder de los Comandantes Militares en una gran extensión territorial. Esto provocó una atomización de fuerzas que actuaban de manera aislada y que no constituían unidades específicas.⁵⁴ Para Daniel Gutiérrez, esta organización era bastante perjudicial pues así ni siquiera llegó a tener cada jefe bajo su mando una unidad de Infantería, Caballería o Artillería; y cuando llegaba a tener mando, podían no pasar de 150 sus subordinados, lo cual lo hacía una unidad incompetente y nula.⁵⁵

A esta atomización contribuía la carencia de un número suficiente de cuadros intermedios de mando, indispensables para controlar a la tropa de leva que en los encuentros se dispersaba fácilmente, aumentando la desertión.⁵⁶ Debido a ello, como ya se señaló antes, el Ejército sufría mucho para cubrir las vacantes que estas desertiones

⁵¹ Por ejemplo, Ariel RODRÍGUEZ, María Eugenia TERRONES: “Militarización, guerra y geopolítica: el caso de la ciudad de México en la Revolución”, *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, XXI:84 (otoño 2000), pp. 177-224.

⁵² Alicia HERNÁNDEZ: “Origen y ocaso...”, p. 286. Es decir, un general por cada 232 soldados.

⁵³ Mario RAMÍREZ: “Una discusión sobre el tamaño del Ejército mexicano”, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, 32 (julio-diciembre 2006), p. 67.

⁵⁴ Agustín RIVAS: op. cit., p. 450.

⁵⁵ Daniel GUTIÉRREZ: op. cit., p. 21.

⁵⁶ Alicia HERNÁNDEZ: “Origen y ocaso...”, p. 287.

generaban.⁵⁷ Por tanto, es plausible afirmar que todos estos problemas pueden indicar la inexistencia de una profesionalización del Ejército en el nivel organizativo.

El Ejército y la caída del régimen porfiriano

Teniendo en cuenta los graves problemas que se encontraban en el Ejército, el gobierno porfirista llegó a 1910 sin ninguna noción de que pudiera surgir un movimiento armado de escala nacional que no pudiera ser resuelto por los combatientes regulares ni por los rurales, por lo que la movilización del Ejército se convirtió en algo imprescindible. De acuerdo con Alicia Hernández, para 1910 los arsenales y equipo militar se encontraban en condiciones desastrosas, lo cual, sumado al deterioro y el estado lamentable del armamento, así como la desmoralización interna, produjo fisuras y debilitamiento del sector militar, y ni siquiera el estallido de la insurrección maderista ocasionó un cambio significativo, pues no se optó por militarizar al país o aumentar significativamente los efectivos del Ejército.⁵⁸ Además, según un reporte publicado en 1913 sobre las acciones militares entre 1910 y 1911, para estos años el Ejército padecía de desorganización, falta de comunicación y disciplina, los cuales constituían los principales factores de ineficacia de las fuerzas armadas;⁵⁹ es decir, había una completa falta de profesionalización en el nivel logístico.

Para Alan Knight, la desertión siguió siendo el mayor problema durante el levantamiento maderista.⁶⁰ A esto se le añade la pérdida de legitimidad del gobierno porfiriano, debido a la falta de espacios para los nuevos sectores a pesar del envejecimiento del gabinete, al desengaño provocado por no cumplir lo afirmado en la entrevista Díaz-Creelman, a que se recurría cada vez más a la represión y a la división de la élite gobernante (Reyes había sido “comisionado” a una misión militar en Europa jus-

⁵⁷ Lo cual empeoraba debido a que los Estados casi nunca cumplían con las disposiciones para formar los contingentes estatales. Secretaría de Guerra y Marina, “Circular núm. 362”, 14 de marzo de 1904, en *Memo-ria de la secretaría...*, pp. 321-322.

⁵⁸ Alicia HERNÁNDEZ: “Origen y ocaso...”, p. 285.

⁵⁹ *Campaña de 1910-1911. Estudio en general de las operaciones que han tenido lugar del 18 de noviembre de 1910 al 25 de mayo de 1911, en la parte correspondiente a la 2° zona militar*, México, Secretaría de Guerra y Marina-Talleres del Departamento del Estado Mayor, 1913, 315 pp. Exactamente los mismos vicios deja entrever Garfias. Luis GARFIAS: op. cit., p. 31. Portilla también describe algunos momentos en que parecía que habría defecciones militares. Santiago PORTILLA: *Una sociedad en armas*, México, El Colegio de México, 1995, pp. 400-401.

⁶⁰ Múltiples ejemplos confirman que la leva se agudizó a finales del Porfiriato: el Archivo Histórico de la SEDENA refiere un total de más de 421 delincuentes reclutados para servir en el Ejército. *Vid.* Minuta sobre la filiación al servicio de las armas de los indultados procedentes de la Penitenciaría del Distrito Federal, México, 12 de abril de 1912, y Lauro Villar, Minuta del Comandante Militar de México, Lauro Villar, sobre el destino dado a los prisioneros de guerra, México, 18 de abril de 1912, AHSDN, *Operaciones militares, Revolución Mexicana*, XI/481.5/86, f. 271, 274, respectivamente.

to en época de elecciones,⁶¹ dejándolo fuera de la competencia para las elecciones de 1910, lo que implicaba una inclinación de Díaz hacia los “científicos”). Dicha situación no fue ajena al Ejército, por lo cual muchos de sus miembros dejaron de ser leales al régimen.⁶²

Otra cuestión problemática fue el hecho de que los principales comandantes del Ejército que intentaron sofocar los brotes maderistas no se habían formado en el Colegio Militar, sino que procedían de acontecimientos de armas. Mientras que en la administración pública, los individuos formados en el Colegio Militar comenzaron a ganar más espacios en detrimento de los militares formados en el campo de batalla, en las operaciones estrictamente militares aún seguían predominando los militares sin una sólida educación profesional. Es decir, era más probable que un graduado del Colegio Militar terminara en un puesto público a que se le otorgara un mando de tropas.

Por otro lado, los miembros de la élite de la élite militar se mantuvieron fieles al gobierno de Díaz y tuvieron recelos al gobierno de Madero. No subordinarse al poder político y basar su lealtad en cuestiones personales, confirman que eran una camarilla de Díaz, profesional pero politizada. Según Ramírez Rancaño, en 1910 había siete generales de división; dos años más tarde, cuatro se habían retirado. La dimisión fue mayor entre los generales de brigada y brigadieres. Con los primeros se pasó de tres retiros en 1910 a 13 en 1912; y con los segundos, de 6 a 13. La suma de los generales de división, de brigada y brigadieres retirados entre 1910 y 1912 se elevaba a 28.⁶³ En otras palabras: más de la cuarta parte de los divisionarios le dio la espalda a Madero; para estos militares profesionales, Madero era un civil entrometido, ajeno a ellos. Estaban convencidos de que ellos podían hacerlo más rápido y mejor.⁶⁴ En este sentido, la profesionalización de los altos mandos del Ejército durante el Porfiriato había sido exitosa, y eso fue lo que los dotó de conciencia política, por lo cual, la tesis de Abrahamsson se comprobaría para este caso.

La situación se puede complejizar si se agrega un tercer tipo de actor (además de los educados profesionalmente y los militares de oficio): quienes conformaron la Segunda Reserva entre 1901 y 1904, personas que habían adquirido cierta experiencia y entrenamiento militar. De acuerdo con Marco Sánchez, estos sujetos tendieron a engrosar las filas revolucionarias, debido en parte a que su experiencia y educación compartida en la Segunda Reserva había fortalecido sus lazos de compañerismo (a pesar de reunirse solo una vez por semana y de estar activa por un tiempo reducido),⁶⁵ es decir,

⁶¹ Carta del General Bernardo Reyes al C. Secretario de Guerra, comunicándole los resultados de su misión de estudio y observación en Europa. París, 30 de enero de 1911, AHSDN, México, Fondo *Operaciones Militares*, Ramo *Revolución Mexicana*, XI/481.5/83, f. 43. (43-54 ff.).

⁶² Alan KNIGHT: *La Revolución Mexicana*, (1986), México, FCE, 2010, p. 265.

⁶³ Mario RAMÍREZ: “Ejército federal, jefes políticos...”, pp. 41-78.

⁶⁴ Alan KNIGHT: op. cit., p. 341.

⁶⁵ Al respecto, *vid.* Marco SÁNCHEZ: op. cit., p. 3.

la Segunda Reserva había funcionado como un efectivo espacio de sociabilidad (confirmando aquí la idea de Abrahamsson). Esto, sumado al descontento que provocó la “comisión” de Reyes a Europa, provocó que muchos ex reservistas se politizaran en contra de Díaz y se adhirieran a Madero durante la coyuntura de 1910-1911.

Al respecto, Marco Sánchez trazó la trayectoria de 82 reservistas de los estados de Durango, Chihuahua y Coahuila, encontrando que 34 de ellos se habían mostrado a favor del movimiento maderista durante la coyuntura de 1910-1911, mientras que solo 11 se habían declarado abiertamente a favor del régimen de Díaz; siendo el resto, individuos que no se sabe su filiación política o que se mantuvieron neutrales. Muchos miembros del reyismo, al perder la posibilidad de que su líder ascendiera al poder, encontraron en Madero a la nueva cabeza de su movimiento. Si bien, faltaría un análisis de los miembros del Ejército permanente que se vincularon al reyismo y que se politizaron al final del régimen porfirista, podría esbozarse la idea de que la profesionalización que Reyes intentó implantar en la Segunda Reserva es un factor que ayuda a explicar la politización de muchos de sus elementos a finales del Porfiriato.

Ante este panorama, el gobierno porfiriano decretó nuevas disposiciones. Primero, en enero de 1911 se decidió reducir el tiempo de enganche de cinco a tres años, además de que se modificaron las formaciones de los batallones y regimientos que actuarían en campaña. Después, en abril, se duplicó la paga a los individuos de tropa y se intentó formar grupos de voluntarios civiles que ayudaran en la persecución y captura de los revolucionarios. Además, los alumnos del Colegio Militar fueron invitados a otorgarles anticipadamente la categoría de oficiales, con la condición de engrosar las fuerzas federales que combatirían a los maderistas. Le tomaron la palabra 29 estudiantes: 14 infantes, 9 artilleros y 6 caballeros.⁶⁶ Por último, en el nivel económico, el gobierno aumentó partidas del presupuesto destinado a asuntos militares y realizó gastos extraordinarios.⁶⁷ Empero, por diversas razones que no cabe mencionar aquí, esto no fue suficiente y el Ejército porfiriano finalmente fue derrotado en Ciudad Juárez en mayo de 1911, firmándose unos Tratados en los cuales se establecía que el Ejército (descontento y desorganizado), así como todo el sistema porfiriano, debía mantenerse intacto.⁶⁸

Sin embargo, como afirma Irving Barragán, sería limitado decir que el rol socio-político que el Ejército mantuvo durante las postrimerías del Porfiriato, permaneció sin ninguna alteración ante la coyuntura de 1910-1911.⁶⁹ De hecho, con la caída de

⁶⁶ Juan Manuel TORREA: op. cit., p. 105.

⁶⁷ Santiago PORTILLA: op. cit., pp. 403-406.

⁶⁸ “Tratados de Ciudad Juárez”, en Daniel GUTIÉRREZ: op. cit., pp. 83-85.

⁶⁹ Irving BARRAGÁN: *La rebelión de Félix Díaz en Veracruz. Problemas estructurales del Ejército y el gobierno de Francisco y Madero, 1911-1913*, Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad Veracruzana, 2014, p. 83.

Díaz se resquebrajó el sistema central de la vida política del país. Las consecuencias, en lo militar, fueron graves. Siguiendo a Hernández Chávez, en el seno del Ejército federal, los grupos y sus cabecillas se polarizaron y se produjeron una serie de conatos de golpes a partir de 1911. Por otra parte, las fuerzas auxiliares y rurales asimilaron a la mayoría de los cuerpos del ejército rebelde y por consiguiente la politización y divisiones internas se agudizaron. La tropa, de por sí poco controlable, vio en el cambio de gobierno una posibilidad de liberación de una conscripción forzosa y se produjo un relajamiento aún mayor de la disciplina.⁷⁰ Este es el diagnóstico de las fuerzas armadas federales, sin importar si eran permanentes o auxiliares, tropa u Oficialidad: politización y polarización.

Para Knight esta situación no era estructural, es decir, no encontraba su razón de ser en el desarrollo que el Ejército tuvo durante el Porfiriato. De hecho, afirma que el Ejército porfiriano

[...] recibía las órdenes de Díaz y las cumplía con lealtad [...] De hecho, el ejército pasó por una profesionalización gradual, [...] bajo sus órdenes, el ejército era un brazo leal de la dictadura, desprovisto de pretensiones políticas. La Revolución cambió todo eso.⁷¹

Claramente se observa aquí la vinculación entre lealtad y profesionalismo, lo que implicaba que, en condiciones de la *Pax Porfiriana*, el Ejército no se politizó. Asimismo, Knight afirma que, durante una coyuntura como la Revolución Mexicana, las condiciones del Ejército podían ocasionar su politización, independientemente de su grado de profesionalización. Pero lo más importante es lo siguiente: la mención de la palabra “gradual”, refiriéndose solo a que la Oficialidad del Ejército se profesionalizó, pues la tropa siempre fue desleal y nunca experimentó un sentimiento de unión o de pertenencia. Los desertores y desleales estaban principalmente en la tropa y no en la Oficialidad. Por tanto, Knight estaría enarbolando el argumento de Huntington.

No obstante, en mi opinión y a manera de cierre, esta idea huntingtoniana se debe matizar con lo afirmado en el presente trabajo, por lo cual, tampoco se puede estar de acuerdo con la idea de Knight de que la politización de los militares se explica solo coyunturalmente. En cambio, considero que es el resultado de un amplio proceso, que involucra, entre otras cosas, el resultado del enfrentamiento entre reyistas y científicos, así como las consecuencias del proyecto que Díaz tuvo para el Ejército.

⁷⁰ Alicia HERNÁNDEZ: “Origen y ocaso...”, p. 289.

⁷¹ Alan KNIGHT: op. cit., p. 36.

Conclusión

El régimen porfirista fue heredero de una tradición en la cual el Ejército estaba al servicio de las coyunturas y de los personajes con poder en turno. Una vez establecido Díaz en el poder y como parte de su plan general de modernización e incentivación de inversión extranjera, convirtió a una élite de militares en sus allegados, a los cuales les permitió profesionalizarse, haciéndolos más científicos que militares. Mientras tanto, otros miembros de la élite fueron desactivados mediante cargos políticos que los obligaban a abandonar sus funciones castrenses, otorgándoles cierto poder territorial, o hacerlos beneficiarios de los sueldos “fantasma”.

El diagnóstico de la Oficialidad del Ejército muestra las carencias que éstos sufrieron, pues no ocurrió una efectiva profesionalización en el nivel organizativo y logístico, fue muy poco relevante en términos estadísticos en el terreno educacional y material, y fue prácticamente inexistente en el nivel político ideológico (excepto en la élite de la élite). Ni siquiera la “época dorada” del Colegio Militar permitió la formación de un verdadero Ejército profesional, teniendo que seguir recurriendo a la contratación de “militares de oficio” fraguados en los campos de batalla. Tanto en la parte logística como en la organizacional, ni tropa ni Oficialidad tuvieron una profesionalización efectiva; mientras que en el nivel ideológico, educativo y material solo las clases altas (Jefes y Generales) la alcanzaron; en tanto las clases de tropa no experimentaron ningún tipo de profesionalización, por lo que aquí opera el principio de Abrahamsson.

¿Esto significa que fue un fracaso el plan de desarrollo del Ejército durante el Porfiriato? No, pues ese era justamente el plan que Díaz había elaborado para evitar que siguieran existiendo golpes de estado apoyados, o llevados a cabo, por militares. En su afán de lograr la paz era incluso necesario reducir el número de efectivos del Ejército, reducir sus funciones, no permitir que el Ejército se dedicara a la seguridad interior o que determinados jefes militares adquirieran mucho poder territorial. A la manera en que lo explica Huntington, solo debía profesionalizar (a niveles educativos y materiales) a unos cuantos, que se debían convertir en su séquito de fieles; mientras los demás, siguiendo a Abrahamsson, debían permanecer sin profesionalizarse, para evitar que se politizaran. Así, Díaz articulaba un plan que durante poco más de 30 años parecía perfecto, pues con sus matices, logró establecer un periodo de paz, orden y progreso.

Lamentablemente, la situación ideal solo podía sostenerse si Díaz permanecía en el poder y lo centralizaba, lo que acarreó problemas tales como la imposibilidad de cubrir las vacantes que los contingentes estatales no podían proporcionar ni a través del sorteo ni de la leva. Otra muestra de que no se podía centralizar todo en el poder de Díaz o en el del secretario de Guerra y Marina es la amplia desorganización administrativa que privaba en la institución castrense: expedientes y sueldos “fantasma”, es-

calafones con personas que ya habían muerto o que no se sabía que comisión desempeñaban, etc. A estos problemas se le suma la pugna por el poder entablada entre los partidarios de Reyes y los “científicos”.

Muchos de estos problemas se agudizaron en el último decenio del Porfiriato, cuando nuevas generaciones comienzan a irrumpir en todos los ámbitos, buscando hacerse un hueco en los puestos públicos o en los militares (así vieron los “científicos” las propuestas de Bernardo Reyes). Conforme se acercaba el final del régimen el Ejército parecía cada vez más desorganizado y desarticulado, lo que hacía muy difícil una logística y movilidad efectiva si se llegase a presentar un levantamiento armado importante. La suma de estos factores “internos” del Ejército, así como del contexto político del Porfiriato, provocó que, ante una coyuntura de alcance nacional como el levantamiento maderista, el Ejército fácilmente se politizara entre sus altos mandos (ya sea a favor de la lealtad personal a Díaz o la adhesión a Madero), mientras que, entre los rangos más bajos, se agudizaran problemas tales como la deserción y la falta de organización.